Fábula 15ª

La niña y su Madre.

¡Qué es voluptuosidad?—Preguntó un día
A su Madre una Niña candorosa:
La Madre sorprendida á esta pregunta
La contestó:—"Hija mía,
"La voluptuosidad es una rosa."—
—"Las rosas son muy bellas
"Y despiden perfumes aromosos.—
—"No suspires por ellas
"Porque dejan recuerdos dolorosos."—
La Niña despreciando esta advertencia
Al florido vergel corrió afanosa,
Y al ver la más hermosa
La de mas rica y perfumada esencia,
Cogióla enamorada,
Besó mil veces su encendido broche,
Llevóla todo el día sobre su pecho,
Y la puso de noche
Encima de la almohada de su lecho.
Cuando brilló la luz de la mañana,
Aquella incauta Niña
Buscó la flor galana,
¡Mas ay! ¡qué desconsuelo!
¡Qué suerte desdichada!
Sembradas por el suelo
Se veían las hojas purpurinas,
Y sobre la almohada
Quedaban solamente las espinas.

Mas tarde á esa muchacha así decía
Su Madre cariñosa:
—"No olvides, hija mía,
"Lección tan provechosa,
"La voluptuosidad es esta rosa.
"Si en algo estimas tu tranquila calma,
"No la busquen tus ojos,
"Que es flor que deja al alma
"Tan sólo los abrojos."—

José Salas.

23ª ADIVINANZA.

Atrueno por algun rato,
Más ruido hago que cotorra,
Tal estruendo armo y camorra
Que los oídos maltrato;
En tres días, ruido hago loco,
Mas luego quedo callada;
Guárdanme gran temporada
Y al año, de nuevo toco.

24ª ADIVINANZA.

Ondas sonoras derramo
Que encantando al corazón
Llenan de dulce emoción,
Mas en la casa de mi amo
Aunque en cien voces yo clamo
Ni oigo ni entono canción.

MORAL SAGRADA.

TEXTO QUINTO.

DAÑOS DE LA MALICIA.

Es cara triste,
Llaga del alma,
Corazón tímido,
La muger mala.—(*Eccle. XXV, 31.*)

Tres males hace la muger mala á los que la rodean: corazón abatido, pusilánime, cansado de sufrirla; cara triste, porque el ánimo quebrantado sale al semblante, y así hace andar tristes, descontentos y mal humorados á los que con ella vi-

ven; llaga del alma, es decir, como una herida mortal que hace en el corazón, ya con su mal proceder, ya con su mala correspondencia, con su ingratitud, ó con su indocilidad para escuchar los consejos y reprensiones. Ya veis, niñas, qué de males causaréis si sois malas: entristeceréis á vuestros padres, enojaréis á vuestros hermanos, fastidiaréis á los criados. Poned remedio desde ahora aprendiendo á obedecer, y á sujetar vuestras malas inclinaciones.

MORAL SAGRADA.

TEXTO SEXTO.

CASTIDAD Y PUDOR.

Es gracia sobre otra gracia
La muger que es casta y pura,
Muger pudorosa y santa
Dice la Santa Escritura.—(*Eccli. XXVI, 19.*)

Gracia sobre gracia, quiere decir, cosa gratísima y sumamente aceptable; porque en efecto, el pudor junto con la piedad y santidad, son un tesoro inapreciable. Ya el pudor es una gracia exquisita, pues es como el velo que cubre y defiende la castidad; mas si se junta con la fidelidad á to-

dos sus deberes, particularmente para con con los que impone la Religión, es doble gracia y merece doble premio y estimación. El pudor es el que hace á la muger silenciosa, recogida, vergonzosa y recatada, huyendo de todos los peligros, y evitando cuanto pudiera ajar su pureza en lo mas mínimo; la santidad se toma aquí por castidad, y por fidelidad al cumplimiento de todos sus deberes. Sepan, pues, las niñas, discernir la gracia puramente natural, que suele andar junta con la hermosura, porque ambas son cosa faláz y vana, de la doble gracia que aquí se alaba, que es el pudor junto con la piedad y Religión. Una niña pudorosa y devota, casta y ferviente, recatada ante los hombres, y amada del Señor, ¡oh y qué tipo tan bello! Ojalá y lo realizáran las niñas que esto lean!

SABADO DECIMOQUINTO.

La Aparición guadalupana.

III.

El día Domingo.—Nuevo recado.—Preguntas repetidas.—Marcha del indio.—Siguenle por orden del Obispo.—Desaparece, y es tenido por embustero é impostor.—Los juicios humanos.—El padecer en el servicio de Dios.

EL día siguiente de las dos primeras apariciones, era Domingo, 10 del mes de Diciembre, y el indito dócil y obediente levantándose muy de mañana, se encaminó á la iglesia de Tlaltelolco, donde cumplía con el precepto de oír Misa los Domingos y fiestas de guardar, y después de la Misa asistió á la explicación de la doctrina, que aquellos buenos religiosos hacían á los indios para irlos instruyendo más y más en la fé y religión. Después de esto, vuelve inmediatamente á la casa del Obispo, y aunque le costó esperar mucho tiempo, (que era hombre muy ocupado y estaba próximo á emprender un largo viaje;) pero al fin logró verlo, y después de saludarle con respeto y las acostumbradas inclinaciones, repitió de parte de la soberana señora el mensaje, afirmándose, con lágrimas, en lo que por primera vez ha-

bía dicho. Y añadió que el volver de nuevo con el mismo recado, era porque la señora así lo había mandado, sin admitir sus excusas para no hacerlo. Oyó con mas atención el prudente Prelado las palabras de Juan Diego, juzgando con razón que su insistencia, á pesar de la primera repulsa, podía tener por origen la verdad del suceso. Hácele, pues, multitud de preguntas, y viéndole firme en sus dichos, y acorde siempre con sus primeras palabras, le responde que la gravedad del asunto no permitía proceder tan de ligero, y así, que dijese á la Señora, se dignase darle una señal para conocer ser Ella quien le enviaba, y ser verdad lo que de su parte le decía, con lo cual, seriamente lo despidió. El indio recibió la comisión sin inmutarse, (lo que dió en qué pensar al Prelado,) y prometiendo cumplir exactamente con lo que se le ordenaba, se alejó para volver á su casa. El Obispo, preocupado de la ocurrencia, imaginó mandar algunas personas de su casa, que siguiesen al neófito sin que él lo advirtiese, y viesen á donde se dirigía, si alguien le aguardaba en el camino, si entraba en conversación con alguna persona, y en fin, qué camino tomaba, y á donde se dirigía. Los criados no se hicieron repetir el encargo, llenos de curiosidad, y no muy bien dispuestos á favor del molesto visitante de su amo, fueron siguiéndole á poco trecho procurando no llegar á perderle de vista, y no ser tampoco de él notados. Así, andando salieron de la ciudad, entraron en una calzada que á la salida había, lle-

garon á un puentecillo colocado sobre un arroyo que cercano al cerro desaguaba en la laguna, bajaron á un llano, (que es ahora la plaza) estendido entre el cerro y el puente, y por allí, sin saber cómo, ni cuándo, desaparecióseles el indio de sus ojos, sin poderle más encontrar por mas que anduvieron, y buscaron, y trasegaron los riscos y las pocas matas espinosas que en el cerrito había. Ni vieron tampoco otra persona ú otra cosa que pudiese darles algun indicio de Juan Diego, ó de su paradero. Vuelven, pues, al Obispo entre burlones y despechados, cuéntanle muy por menor lo sucedido, y le dicen ser engaño ó brujería de aquel indio, impostor por lo visto, é indigno de ningún crédito. Aconsejáronle, además, que si volvía, le hiciese castigar como mentiroso y hechicero.

De aquí sacaréis, mis buenas niñas, que nunca es bueno pensar mal de nadie, ni echar á mala parte las cosas del prójimo. Ese indio era bueno, sencillo, obediente, y honrado con celestes confidencias nada menos que por la Madre de Dios. Y no obstante le juzgan por impostor y malvado, y por engañador y aún hechicero. ¡Cuán distintos los juicios de Dios de los juicios de los hombres! También podéis notar, como el servicio de Dios, y el de su Santísima Madre, muchas veces ocasionan persecuciones y trabajos, y nos atraen las censuras, y las burlas, y los malos juicios de las gentes; pero eso no debe detenernos ni arredrarnos; Dios toma siempre por su cuenta la cau-

sa de los suyos, y después de las tormentas y de las penas con que éllos más merecen y se conservan humildes, viene al fin á hacérseles justicia, y á brillar mas su rectitud y su inocencia. Aunque encontréis, pues, á vuestro paso, algunas almas ligeras, burlonas, que se ríen de vuestro candor, que os apellidan beatas, y ponen en ridículo vuestra piedad y vuestra exactitud, no hay que hacer caso de éllas: seguid tranquilamente vuestro camino, que no se deben dejar las cosas de Dios por respetos humanos, sino servirlo fielmente, y seguir adelante en busca de la Virgen, como Juan Diego, sin curar poco ni mucho de los juicios de los hombres, ni de las burlas ó censuras de los mundanos.

Y hasta el otro sábado, mis amiguitas!

DECIMOSEXTO DOMINGO.

Vida de una Santita de nueve años.

XVI.

Cómo le habló el Señor, y Santa Juana de Chantal el día de su primera comunión.—Sus deseos grandes de recibir el velo.—Ruega á la Superiora se lo conceda. —Insta por ello en su enfermedad.

JOSEFINA se acercaba rápidamente á su fin; pero no podía decir: Todo está consumado. El voto mas ardiente de su corazón, después del de ver á Dios, había quedado sin efecto; sin embargo, élla ha asegurado que el cielo la escucharía antes de su muerte por intercesión de María y no se dirá que la hija de la Santísima Virgen ha esperado en vano en su divina Madre: por esto Josefina no dejará esta tierra sin ser consolada.

El origen de este voto viene desde la época de su primera comunión, que fué el día de la fiesta de nuestra santa Madre de Chantal. Yo noté que tuvo todo el día un aspecto serio, y pensando que algo la disgustaba, le dije:

—¿Qué tienes hija mía? ¿por qué estás de mal humor? ¿No has recibido esta mañana á Jesús en la santa Mesa?

—Nó, mamá, respondió con mucha dulzura, no estoy de mal humor, sino que tengo una cosa que me dá mucho en qué pensar. Yo te la diré, pero ahora no puedo hacerlo.

Y era que estaban presentes varias de las religiosas.

Luego que me vió sola, me descubrió el pensamiento que la ocupaba.

—Esta mañana, después de la comunión, me ha dicho Jesús en el corazón: "Quiero que tú seas mi esposa," y la santa Madre de Chantal me dijo: "Te quiero para mi hija." Yo pienso siempre en estas palabras, y por eso no tengo ganas de reírme ni de ver á nadie, sino sólo á Jesús. Josefina acababa de oír palabras sobrenaturales y las guardó en su memoria con un celoso cuidado: el cambio que se obró en élla llenaba de admiración á todos, y no se podía dudar que había recibido entonces la gracia de la vocación á la vida religiosa. Antes de ese dia no había manifestado deseos de ese venturoso estado, su conducta aunque siempre buena, no estaba exenta de toda ambición infantil; pero desde ese memorable día no tuvo otra ambición ni otro deseo que el de recibir el velo. Una hermana le echaba en cara, chanceando, que hubiera aceptado un regalo de valor.

—Mucho gusto tengo, respondió al instante, con tener una cosa de valor, para sacrificársela á Dios el día que reciba el velo.

Y ese santo deseo no se había apagado en élla, al contrario se había encendido más. ¡El velo! ¡el

velo! este era el objeto constante de sus peticiones; la dicha de una alma consagrada enteramente á Dios la arrebataba, la llenaba de una santa envidia, y hablaba de ella sin cesar. Si veía en el locutorio algunas señoras elegantemente ataviadas:

—¡Oh, como me chocan esos vestidos! decía al salir de allí, ¡oh querido velo! ¡oh hábito pobre de mi Jesús, cuanto te amo! Pronunciando estas palabras tomaba mi hábito y mi velo, los besaba con ternura y me decía con las lágrimas en los ojos:

—Mamá, dame pronto el velo: hazme esta caridad, ruégale tú al Obispo y te dirá que sí, porque si yo se lo pido no me escuchará.

Niñas: ¡cuánto se complace el Señor en las almas sencillas! Mirad una pobre niña, muy recién iniciada en el conocimiento de la Religión, y ya favorecida de Dios hasta con apariciones, y gracias extraordinarias! Qué bien dice Santa Teresa, que Dios no es avaro de sus dones, y que si quisiésemos disponernos á recibirlos, nos los daría á manos llenas. No despreciéis vosotras los llamamientos de la gracia, niñas. Quizá Nuestro Señor os prepara cosas grandes, y os tiene preparadas para alguna misión muy elevada. Meditad, reflexionad, leed, no seais ligeras. Estas mismas lecturas que aquí hacéis, pueden ser un gran beneficio del Señor, y por ventura el principio de otros mayores.

16ª Fábula.

El Vaso de barro y la Copa de oro.

Al pobre Vaso de barro humilde
La Copa de oro dijo una vez:
—"Menguada pieza de arcilla frágil,
"Mira y admira mi solidéz."
—"En los festines, aquel repuso,
"Sólida siempre parecerás;
"Mas en el fuego, soberbia hermana,
"¿Cuál de nosotros resiste más?"—
Un aturdido, para probarlos,
Dentro las llamas los colocó;
El Vaso en ellas endurecióse,
Pero la Copa se derritió.

Vasos de barro son los humildes
Que entre las llamas
Del infortunio cobran valor;
Mas los soberbios puestos en ellas
Son Copas de oro,
Que se derriten con el dolor.

José Salas.

25ª ADIVINANZA.

Quitasol que sol no quito
Paraguas que aguas no aparo
Tres gentes tan solo amparo,
Y cuatro ó seis necesito
Soy de seda ó de brocado:
En muy grandes ocasiones
Y en brillantes procesiones
Alto voy y desdoblado;
De metal tengo los pies,
Si pobre soy, de madera.
Está dicho de manera
Que ya me dirás lo que es.

26ª ADIVINANZA.

Tribuna soy elevada
Desde donde el rayo truena
Y de donde en paz serena
Cae la lluvia tan preciada:
De allí á Dios encaminada

Sube la oración ardiente
Acompañando la gente
Devota y arrodillada;
Allí también, alabada
Es tu Madre dulcemente.....
Dí, niña, cómo me llamo,
Y por discreta te aclamo.

DIÁLOGO CUARTO.

LA REMUNERACION.

Maestra. Niña: ¿qué significa Dios remunerador?

Niña. Que Dios es premiador, y que es castigador.

M. Mas ¿cuándo y cómo, dime, ejerce esos poderes?

N. Cuando cual justo juez baje á juzgar los seres:
Cuando el mundo termine, (cosa que el mundo ignora,)
Vendrá Jesús del cielo, en no esperada hora,
Los muertos, á millones serán resucitados

Con la potencia misma con que hombres fueron criados,
Y juntos cuerpos y almas, en un lugar reunidos,
Sus culpas y pecados serán todos sabidos.

M. Mas ¿cómo vendrá Cristo á tan tremenda historia?

N. De ángeles circúndado, con magestad y gloria:
Ha de verse en el cielo su cruz resplandeciente
Que San Miguel Arcángel portará reverente.
Y pasará la escena, á vista del Calvario
Donde los dos ladrones tuvieron juicio vario
No habrá allí pobre ni rico, ni noble ni plebeyo,
Ni inculto y educado, ni tonto ó leguleyo,
Ni urbano y campesino, ni sabio é ignorante,
Ni maestro y discípulo, ni pueblo y gobernante;
No habrá grados ningunos, que ahora son infinitos.
Habrá solo dos clases: corderos y cabritos,
O sean buenos y malos; los buenos á la diestra,
Y los malos, temblando, del Juez á la siniestra.

M. Y ¿cuál es la sentencia en tan tremenda instancia?

N. De las dos que han de darse, ved aquí la sustancia:
—*Venid, venid al reino, de mi Padre benditos!*
—*Marchad al fuego eterno, lejos de mí, malditos!*
¡Oh y cuán gran diferencia! ir al reino ó al fuego!
¡Oh y cuán necio es el malo, que no se enmienda luego!

MORAL SAGRADA.

TEXTO SEPTIMO.

CARIDAD CON LOS POBRES.

Dice la Santa Escritura:
"Donde la muger no está,
El necesitado gime."
¡Grande alabanza le dá!—(*Eccli. XXXVI, 27.*)

Esto dice la Santa Escritura, porque habiendo dado Dios á la muger un corazón mas compasivo y misericordioso que al hombre, donde élla falta, no hay quien dé limosna al pobre, ni ropa al desnudo, ni quien visite al enfermo. Amad niñas, á los pobres que son la imagen de Jesucristo, y don-

de estéis, no dejéis que gima el necesitado sin socorrerlo. Hay algunas niñas duras y crueles con los pobres: éstas, no parecen mugeres, pues no merecen el encomio que de éllas aquí se hace; parecen mejor hombres duros y despiadados. No olvidéis que el amor entrañable á los pobres es señal de predestinación.

MORAL SAGRADA.

TEXTO OCTAVO.

DECENCIA EN LA ORACIÓN.

¿Acaso, dice el Apóstol,
A la muger le es decente
No cubierta la cabeza
Elevar á Dios sus preces?—(*1. Cor. XI, 13.*)

Va dando San Pablo varios consejos á los fieles, y entre ellos dice, que no le conviene á la muger orar con la cabeza descubierta, y asegura que no es decente. Pues ¿cómo tantas señoras cristianas, están en el templo con la cabeza casi enteramente descubierta, dejando ver las orejas y la mitad del cabello hacía adelante? Es, niñas, porque son poco cristianas; porque á veces, son ignorantes; creen que son exigencias é ideas de los

eclesiásticos encargados de los templos, y no saben que es prescripción terminante de la Escritura, en este pasaje, y en otros. Niñas, respetad el templo: no sigáis la costumbre ni la moda; pues Dios no os juzgará por ellas, sino por su ley y el Evangelio. En otra parte dice también el Apóstol que la muger tenga velada ó tapada la cabeza, "por los ángeles," ya sea por los del cielo, que andan á millares en nuestros templos, ya sea por los sacerdotes, que se llaman ángeles, y que, como enviados de Dios, y ministros suyos, merecen el mas profundo respeto.

SABADO DECIMOSEXTO.

La Aparición Guadalupana.

IV.

Juan Diego continúa su camino.—Halla otra vez á la Virgen María.—Enferma su tío gravemente.—Pasa el lunes en buscarle médicos.—Sale el martes á procurarle los sacramentos.—Bondad de la Madre de Dios.

AMADAS niñas: en tanto que los criados volvían á casa del Obispo, y tan mal juzgaban y querían hacerle juzgar del pobre indio Juan Diego, éste, inocente de todo llegó al cerrito, y trepando su cumbre volvió á encontrar por ter-

cera vez la visión maravillosa. La benignísima Reina le aguardaba otra vez con la respuesta, y él, después de haberla adorado con profunda reverencia, puesto de hinojos á sus plantas le dijo: "Fuí, señora, como me lo mandaste, á ver otra vez al Obispo, díjele cómo tú me enviabas, á pesar de mis excusas, á pedirte templo en este lugar; mas él me respondió que nada podía hacer con solo mi dicho, en asunto de tanta importancia; hízome muchas preguntas, á las que con toda verdad respondí, y parece que de algún modo empezó á creerme; pero me dijo que le mandases alguna señal por donde pudiese conocer ser verdaderamente tú quien me envías. Yo prometí pedírtela, y vengo ahora á cumplirlo, y á pedir las órdenes para lo que deba seguir haciendo en el asunto." Oyólo con gran bondad la celestial Princesa, y con agradable semblante así le habló: "Juan, hijo mío, mañana volverás á verme en este sitio, y te daré una señal muy suficiente, para que puedan dar crédito á tus palabras. Y advierte que tus servicios no han de quedar sin premio. No olvides que mañana te espero en este mismo sitio." Oídas estas palabras, despidióse Juan Diego con las acostumbradas reverencias, y con el ánimo tranquilo y regocijado volvió á su lugar y á su casa. Mas ¡oh designios ocultos de la Providencia! Al regresar el indio se encuentra con un percance inesperado: era el caso que un tio suyo, llamado Juan Bernardino, había caído casi de improviso, gravemente enfermo, y el sobrino corrió